

# Procesos mentales y metáforas corporales

## 1. METAFORA Y MENTE

Aunque Rábade no usa ni menciona en ningún momento la palabra «metáfora», el último capítulo de su *Verdad, conocimiento y ser*<sup>1</sup> es un estudio de algunas de las metáforas que se fueron proponiendo por parte de los filósofos griegos más significativos para referirse a la mente y a los procesos mentales y cognitivos. Tan relevante aparece el hecho de que un filósofo o escuela determinados usaran de una metáfora u otra para comunicar su concepción de la mente y de los procesos cognitivos que se puede explicar —y de hecho así lo explica don Sergio— el paso de la teoría del conocimiento de Platón y Aristóteles a la de los estoicos como el abandono de las implicaciones sugeridas por el uso metafórico del verbo «ver» en favor de las implicaciones sugeridas por el uso metafórico del verbo «coger», como apropiados para explicar lo que la mente hace o creemos que hace<sup>2</sup>. De este modo, la teoría del conocimiento de Platón y Aristóteles se podría sintetizar básicamente diciendo que para ellos conocer es *ver*<sup>3</sup>, mientras que para los estoicos conocer será fundamentalmente *coger*.

Pero el hecho de aceptar como verdadero o como verosímil que conocer sea *ver* o *coger* no parece que pueda ser reducido a una cuestión de mera denominación. Porque, según que aceptemos como verdadera una de las dos alternativas, nos estará permitido hacer una serie indefinida de aseveraciones subsidiarias y congruentes con la opción que hayamos hecho, que nos llevarán a

---

1. *Verdad, conocimiento y ser*, Gredos, Madrid, 1974, 2.<sup>a</sup>, págs. 215-240.

2. RÁBADI: ROMEO. S., *Op. cit.*, pág. 237.

3. Además de los casos habituales en que se suelen subrayar las palabras, subrayaré los focos de las metáforas. Utilizo el término «foco» en el sentido en que lo utiliza M. Black en su trabajo clásico «La metáfora» (en *Modelos y metáforas*, trad. de V. Sánchez de Zavala, Tecnos, Madrid, 1966, págs. 36-56).

conformar el objeto mente y los procesos del conocer de una manera determinada. Así, si entendemos que es verdadero o verosímil que conocer sea *ver*, podemos generar una serie indefinida de aseveraciones susceptibles de recibir los valores de verdad del tipo de:

- a. «Tu mente está *oscurecida*»;
- b. «Tus argumentos son *claros*»; o,
- c. «He *visto* estas ideas en sus clases».

Por su parte, si entendemos como verdadero que conocer sea *coger*, podremos generar también una serie indefinida de aseveraciones susceptibles de recibir los valores de verdad, como

- d. «No *alcanzo a captar* lo que quieres decirme»;
- e. «*Estoy acariciando* un argumento *contundente* para mi tesis»; o,
- f. «*He tomado* estas ideas de sus clases».

El hecho de que un determinado momento del pasado alguien propusiese —y esta propuesta haya tenido la fortuna histórica suficiente como para ser comunmente aceptada— que se podía hablar pertinentemente de la mente en términos oculares y de los procesos mentales en términos de visión, por ejemplo, ha tenido, al menos, cuatro efectos filosóficos destacables: 1.º, proporcionar un modelo explicativo de la mente y de sus procesos; 2.º, posibilitar la generación de una serie indefinida de aseveraciones para hablar de la mente, que son susceptibles de recibir los valores de verdad; 3.º, ampliar el ámbito de nuestro saber sobre el objeto mente; 4.º, crear nuevos significados.

Con respecto al primer efecto, la propuesta consistente en que se puede hablar pertinentemente de la mente y de sus procesos usando de términos que tienen su significado literal en el ámbito de la visión y de sus procesos parece que no puede reducirse a una cuestión de simple denominación sin mayores complicaciones. Pues, mantener que lo que hace la mente es *ver*, además de cumplir con la función trivial de denominar o darle un nombre a esa función, es proponer una forma de conceptualizar la mente de una manera determinada y susceptible de entrar en conflicto con las otras maneras posibles de conceptualizarla que no sean compatibles con la metáfora básica «Conocer es *ver*»<sup>4</sup>. Justamente en la medida en que un filósofo o una escuela filosófica entiendan que «Conocer es *ver*» es una forma adecuada de hablar y de conceptualizar lo que sea el conocer se disparará automáticamente un proceso de inferencia de las implicaciones semánticas que esa metáfora posibilita. Y quienes se hallen intelectualmente insatisfechos con esa metáfora básica y con sus implicaciones semánticas deberán buscar razones y argumentos para intentar hacer ver su fal-

---

4. Por razones de brevedad utilizaré muchas veces «metáfora» como sinónimo de «aseveración» o «preferencia» metafóricas, aunque es evidente que sólo se puede hablar de metáfora en el contexto de una oración.

edad; lo que se llevará a cabo normalmente con la propuesta de otras metáforas alternativas. Si lo que se discutiese al discutir sobre la pertinencia del uso de una determinada metáfora fuese una mera cuestión de denominación análoga a la de llamar a una determinada enfermedad «colorín» o «sarampión», probablemente no habrían tenido lugar tantas discusiones al respecto.

Una vez aceptada como verdadera una metáfora básica del tipo de «Conocer es *ver*» es cuando se puede generar un número indefinido de sentencias subsidiarias de ella en las que se usen metafóricamente palabras que tienen su significado literal en el ámbito de la visión, como sucede en los ejemplos a-c. Los valores de verdad de estas sentencias serán una función del valor de verdad que hayamos adjudicado a la metáfora básica. De manera que si, siguiendo con el ejemplo, hemos establecido que «Conocer es *ver*» es verdadera, «*He visto* estas ideas en sus clases» deberá ser considerada verdadera también si con esa aseveración queremos significar «He conocido estas ideas en sus clases». Por su parte, si consideramos que «Conocer es *coger*» es inadecuada o falsa por incompatible con «Conocer es *ver*»<sup>5</sup>, entonces «*He tomado* estas ideas de sus clases» deberá ser considerada como inadecuada o falsa.

Pero la consideración sobre la adecuación o inadecuación de una determinada metáfora no es algo fijo y dado de una vez por todas, sino que está sujeta a cambios. Precisamente el hecho de que en un momento determinado una metáfora deje de ser operativa y deje de ser considerada como adecuada para hablar de un objeto y conceptualizarlo es lo que permite relacionar el cambio de metáforas con el cambio de nuestras perspectivas sobre el objeto en cuestión y sobre nuestras formas de conocerlo. Cuando alguien siente la necesidad intelectual de proponer una metáfora novedosa, con su red de metáforas subsidiarias, para hablar de un objeto del que se solía hablar anteriormente mediante otra metáfora distinta, lo que se está haciendo es una propuesta sobre otra forma distinta en que debe entenderse el objeto de que se trate. Esto es, la propuesta de una metáfora novedosa conlleva una forma nueva de entender el objeto, si verdaderamente se trata de una metáfora novedosa. Así, por ejemplo, los economistas clásicos conceptualizaron su ciencia utilizando metafóricamente términos que ya tenían un significado literal y técnico en el ámbito de la mecánica clásica. Y eso lo pudieron hacer porque esos términos eran subsidiarios de una metáfora básica, que podría ser algo así como

A. «La economía es un *mecanismo*»

Gran parte de los términos entendidos ahora como «técnicos» en economía, términos como «fuerza», «ajuste», «flujo» o «calentamiento»<sup>6</sup> de la economía

5. Dejo de lado el hecho de que, a veces, se puedan dar metáforas que pertenezcan a más de una red metafórica, como suele ocurrir en los casos de muchas metáforas semi-lexicalizadas.

6. Para una discusión de los problemas semánticos de la economía y de los diversos significados de algunos de estos términos puede verse, por ejemplo, MACHLUP, F., *Semántica económica*, trad. de P.J. Gállez y F. González Aramburo, Siglo XIX, México, 1974.

podieron ser utilizados en este ámbito porque eran subsidiarios de la metáfora básica de A. y estaban implicados semánticamente por ella. Posteriormente estos términos se han lexicalizado, adquiriendo el significado técnico que tienen en economía y sin evocar ya a los hablantes su origen relacionado con la mecánica. Quizás por ello la metáfora mecánica en economía ya no es considerada como suficientemente operativa y ha llegado a ser de uso frecuente otra metáfora alternativa que entiende la economía en términos biológicos. De acuerdo con esta nueva metáfora, la economía, como todo ser vivo, será susceptible, por ejemplo, de estar sana o de padecer enfermedades. Esta nueva metáfora podría sintetizarse como

B. «La economía es un *organismo vivo*».

De modo que, en congruencia con A, cuando la economía no funcione bien, se podrá decir

A1. «La economía se *ha calentado* por falta de *lubricantes*»;

mientras que en el mismo caso, en congruencia con B, se deberá decir

B1. «La economía se *ha calentado* debido a una *infección*».

De modo que el foco de la metáfora (*se ha calentado*) en A1 hará referencia a un proceso físico, mientras que en B1 hará referencia a un proceso biológico. Y, aunque los términos relacionados con la temperatura sean susceptibles de ser empleados lo mismo en la metáfora mecánica que en la biológica, significarán cosas muy distintas según sean empleados en el marco de una o de otra. Esto es lo que hace que, aunque un significante pueda pertenecer a dos redes metafóricas distintas, sus significados serán diferentes según el contexto en que los empleemos y, de hecho, estaremos ante términos diferentes.

Precisamente, y con ello entro en el cuarto de los puntos anunciados anteriormente, una característica esencial de la función cognoscitiva de la metáfora es la de posibilitar la creación de nuevos significados para los términos. Y ello porque el destino del significado metafórico de un término es justamente el de dejar de ser metafórico para lexicalizarse y pasar a ser entendido por los hablantes como un significado literal más de ese término<sup>7</sup>. En este proceso puede acontecer que se olvide por parte de los hablantes el significado literal original del término en cuestión y sólo se mantenga como significado único del término aquél que en su momento fue metafórico; o que se mantengan ope-

7. Sobre este punto, ver mis trabajos: «Metáfora, expresión, conocimiento», en MARTIN VIDE, C. (ed.), *Actas del IV Congreso de Lenguajes Naturales y Lenguajes Formales*, IV.1, Promociones y Publicaciones Universitarias, Barcelona, 1989, págs. 283-308; y «Sin- cronía y diacronía en los significados metafóricos», en *Diálogo Filosófico*, núm. 14 (1989), págs. 186-196.

rativos —ahora como literales— los dos significados, dando lugar a un caso de homonimia. Cuando el significado metafórico de un término se lexicaliza completamente y es entendido por los hablantes de una lengua dada y en un estadio sincrónico dado como un significado literal más de ese término, estamos ante un caso ejemplar de metáfora muerta. Y en la medida en que una metáfora muere o se lexicaliza, los diccionarios pueden dar la antigua acepción metafórica del término como una acepción literal más. En estos casos podemos decir que el ciclo vital de la metáfora ha llegado a su término al haberse creado un significado literal o técnico nuevo. Mientras que esto no ocurra, y los hablantes sigan teniendo conciencia de que a un término se le está dando un uso metafórico en contraste con su significado literal, estaremos ante casos de metáforas semilexicalizadas o ante casos de metáforas novedosas. En estos casos la decisión sobre si un término es usado de acuerdo con su significado literal o de acuerdo con su significado metafórico sólo podrá venir dada por el recurso al contexto, sea éste lingüístico, cultural o de cualquier otro tipo.

## 2. METAFORAS COGNOSCITIVAS LEXICALIZADAS

Precisamente los términos que usamos para referirnos a la mente y a sus procesos tienen su origen en los significados metafóricos que en un momento dado se adjudicaron a unos términos que ya tenían un significado literal no relacionado con lo mental. Estos términos con significados metafóricos de segundo orden son los que han terminado por lexicalizarse y han pasado a ser considerados términos con significados literales o técnicos para referirse al ámbito de lo mental. Cuando el hablante —incluso en hablante con formación filológica— utiliza términos como «espíritu» o «psique» para referirse a la mente, y términos como «discernir», «especular», «reflexionar», «pensar» o «saber» para referirse a los procesos mentales, está utilizando esos términos de acuerdo con sus significados lexicalizados y sin reparar normalmente en que en su momento fueron metáforas construidas a partir de un significado literal anterior del que se ha perdido la conciencia lingüística.

Pero lo relevante de los términos del vocabulario que utilizamos para referirnos a lo mental —sea en el ámbito de las disciplinas que tienen por objeto el estudio sistemático de ese ámbito, sea en el lenguaje ordinario— es que la gran mayoría de ellos fueron propuestos como metáforas para referirse a lo mental a partir de un significado literal que hacía referencia a procesos corporales. Esto es, estas metáforas se propusieron para hacer inteligible lo mental y sus funciones desde lo corporal y sus funciones. Hasta tal punto parece ser esto así que no hay función corporal relevante que no haya dejado su impronta en algún término lexicalizado para referirse a lo mental. Como quiera que no es éste el lugar adecuado para una exposición todo lo detallada que la cuestión merece, me voy a centrar en hacer referencia a algunos de estos términos que tienen su origen en las cinco funciones corporales más notorias: vista, tacto, gusto, respiración y audición. De estas funciones, las dos primeras (vista y tacto)

han sido especialmente prolíficas en la creación de términos gnoseológicos, mientras que las otras tres restantes han tenido menor incidencia, aunque tampoco están totalmente ausentes.

La conceptualización de lo mental mediante metáforas relacionadas con la visión ha sido tan completa y ha calado tanto en nuestra forma de referirnos a lo mental que difícilmente podríamos proferir unas pocas sentencias relacionadas con lo mental sin que apareciesen en ellas algún término que no tenga su origen en esta conceptualización de la mente en términos de ojo o en términos de órgano de la visión o de sus funciones. La metáfora básica de esta forma de conceptualizar la mente podría concretarse en la aseveración

C. «Conocer es *ver*».

Y esta metáfora básica de C es la que ha posibilitado toda una red de metáforas subsidiarias de ella y lexicalizadas como:

- C1. «Conocer es *idear*» (de *ἰδεῖν* = ver);
- C2. «Conocer es *imaginar*» (de *imaginor* = representar, retratar);
- C3. «Conocer es *reflexionar*» (de *reflecto* = volverse para mirar);
- C4. «Conocer es *especular*» (de *specular* = observar, acechar, mirar, espiar);
- C5. «El conocimiento es *fantasía*» (de *phantasia* = ilusión, imagen, espectáculo); o,
- C6. «El conocimiento es *evidencia*» (de *video* = ver).

Por su parte, la conceptualización de lo mental mediante metáforas relacionadas con el tacto ha tenido tanta o mayor fortuna histórica que la conceptualización mediante metáforas relacionadas con la visión. Y ello, probablemente, porque lo mismo la visión que el tacto son los sentidos que más importan al hombre para relacionarse con el mundo exterior a él y porque esos sentidos suelen ser a los que apelamos en última instancia cuando no tenemos certeza sobre los datos que nos proporcionan los demás sentidos. Así, de la metáfora táctil básica, que podría resumirse en

D. «Conocer es *tocar*»,

se ha generado una gran cantidad de metáforas subsidiarias y lexicalizadas como:

- D1. «Conocer es *percibir*» (de *percipio* = coger, apoderarse de algo);
- D2. «Conocer es *calcular*» (de *calculus* = piedra, guijarro);
- D3. «Conocer es *pensar*» (de *penso* = pesar, tener peso);
- D4. «Conocer es *comprender*» (de *comprehendo* = coger, asir);
- D5. «Conocer es *concebir*» (de *concipio* = coger, recibir);
- D6. «Conocer es *discernir*» (de *discerno* = separar, dividir);
- D7. «Conocer es *examinar*» (de *examino* = pesar, equilibrar); o,
- D8. «Conocer es *inteligir*» (de *inter+legere* = coger, escoger).

Al igual que los verbos citados, otros muchos términos usados para referirse a lo mental tienen también sus orígenes en metáforas relacionadas con la función táctil, como «sofia» (de σοφία = habilidad, destreza); «episteme» (de Επιστήμη = peso, balanza).

Por su parte, las otras tres funciones básicas aludidas más arriba han tenido menos incidencia en cuanto a la cantidad de términos lexicalizados que han producido, pero tampoco están totalmente ausentes en nuestro vocabulario de lo mental. Efectivamente, la función del gusto ha dado de sí el término «saber» (de *sapio* = gustar) y sus muchos derivados. Por su parte, la función relacionada con la respiración ha dado «espíritu» (de *spiritus* = aire, soplo de aire); «alma» (de *anima* = soplo, aire, aliento); o «psique» de (ψυχή = soplo, aliento). Y, finalmente, la función de la audición ya había creado en griego una homonimia tan perfecta en el término λόγος, que sin recurrir al contexto, los dos significados de ese término («palabra» y «razón») son indiscernibles.

Así pues, las funciones corporales aparecen como el paradigma desde el que pensar lo mental y desde el que conceptualarlo. El proceso de lexicalización de esas metáforas es el que ha permitido la creación del que ahora conocemos como el vocabulario técnico con el que nos referimos a la mente y a los procesos cognitivos. Ahora bien, el hecho de que los hablantes actuales hayamos perdido la conciencia lingüística del proceso de transferencia metafórica mediante el cual términos como «especulación» o «examen» han perdido su significado literal original y han adquirido otro, que ya no los evoca más que a las personas que conocen su etimología, pudiera llevar a pensar que estamos ante un proceso clausurado, proceso no extrapolable y que sólo tendría el interés de una curiosidad erudita para filólogos o para historiadores de las ideas. Pero si, por el contrario, el proceso sigue abierto y vivo y nosotros —aunque hayamos perdido la conciencia lingüística del significado literal original de esos términos —seguimos creando las mismas o análogas metáforas para referirnos al ámbito cognoscitivo y lo pensamos en términos de las mismas funciones corporales, quizás haga razonable pensar que el interés del tema no queda circunscrito al de una mera curiosidad erudita. Si los esquemas metafóricos griegos y latinos para hablar de lo mental siguen repitiéndose también ahora, quizás el tema, además del interés filológico y lingüístico que de por sí tiene, tenga también un interés filosófico más general, en cuanto que la reflexión sobre este tema puede ser uno de los puntos de partida desde los que se puede pensar lo mental.

### 3. METAFORAS MENTALES Y ESQUEMAS ENCARNADOS

Efectivamente, los mismos esquemas metafóricos básicos, que sirvieron a los griegos y a los latinos para conceptualizar lo mental y crear la terminología lexicalizada para referirse a ese ámbito, siguen siendo operativos. Esto es, aunque se haya perdido la conciencia lingüística del significado literal originario de los términos usados para hablar de lo mental, todavía en la actualidad segui-

mos pensando lo mental de acuerdo con términos cuyo significado literal pertenece al ámbito de las funciones corporales. Y esto no ocurre sólo con términos aislados o heredados de las tradiciones griega o latina, términos que, como he señalado, tienen ya lexicalizados sus significados de segundo orden; pues el mismo esquema se sigue repitiendo en castellano con términos que siguen conservando su significado literal original. Ello es lo que permite pensar que estemos ante esquemas conceptuales más generales que los de una sola lengua y conjeturar la hipótesis de que estemos ante esquemas imprescindibles e ineludibles en la conceptualización de lo mental.

El hecho de que estos esquemas conceptuales sean proyecciones en lo mental de las funciones corporales básicas —especialmente de las funciones de los sentidos— es lo que ha permitido a M. Johnson proponer la noción de «esquemas encarnados» (*embodied schemata*) para referirse a ellos. Y esto parece que tiene que ser así porque la racionalidad de los seres humanos aparece como indisociable de su corporalidad, pues

«nosotros, los seres humanos, tenemos cuerpos. Somos 'animales racionales', pero también somos 'animales racionales', lo que significa que nuestra racionalidad está encarnada. La centralidad del encarnamiento humano influye directamente en qué y en cómo pueden ser significativas las cosas para nosotros, en los modos en que esos significados pueden ser desarrollados y articulados, en los modos en que estamos capacitados para comprender y razonar nuestra experiencia»<sup>8</sup>.

De acuerdo con ello, el que nos sirvamos básicamente de los esquemas corporales para conceptualizar lo mental no parece que sea un fenómeno azaroso, arbitrario o circunscrito a una sola lengua o a una sola cultura, sino que parece obedecer a una cierta necesidad. Parece, pues, ineludible el que tengamos que seguir pensando lo mental en términos de las funciones corporales o, por decirlo de otra manera, que estemos predispuestos a proyectar metafóricamente lo que nuestro cuerpo hace en el ámbito físico hacia el ámbito de lo mental. Y un esquema encarnado consiste precisamente en esta proyección metafórica en los procesos mentales de las funciones corporales. Y esto viene avalado tanto por la semántica histórica, como hemos visto en la sección anterior, como por la semántica sincrónica, según vamos a ver en esta sección. O, por decirlo también con palabras de M. Johnson, porque

«la dirección, la estructura y los detalles del cambio semántico histórico sugieren la existencia de sistemas metafóricos compartidos (Vg.: CONOCER ES VER) en nuestro conocimiento que están conectados con nuestra experiencia corpórea (percepción, manipulación de los objetos, movimiento corporal). Si hay alguna intelligen-

---

8. JOHNSON, M., *The Body in the Mind. The Bodily Basis of Meaning, Interpretation and Reason*, The University of Chicago Press, Chicago, 1987, pág. xix. Subrayado del original.



bilidad para este cambio, entonces tenemos buenas razones para pensar que las proyecciones metafóricas en nuestra experiencia son centrales para el proceso entero»<sup>9</sup>.

Y, al igual que pasó en el mundo griego y latino, también nosotros seguimos construyendo estas proyecciones metafóricas a partir fundamentalmente de los sentidos básicos y de sus funciones. Efectivamente, aunque con distinto grado de incidencia, también nosotros seguimos conceptualizando el conocer según los esquemas metafóricos básicos fundados en la visión, el tacto, el oído, el gusto y el olfato.

Quizás la proyección metafórica más privilegiada en el ámbito del conocimiento sea la que se hace desde el sentido de la vista. Según esta metáfora básica, lo que sea el conocer debe ser alguna especie de visión:

C. «Conocer es *ver*».

Esta metáfora básica de C enlaza perfectamente con la tradición filosófica que ha conceptualizado lo mental en términos de *espejo* o de *ojo*<sup>10</sup>. Pero no se trata sólo de una conceptualización filosófica, sino que está tan asumida en nuestro ámbito cultural la metáfora básica de C que, cuando los humoristas tienen que expresar gráficamente el hecho de venir a la mente de uno de sus personajes una idea afortunada, lo hacen dibujando una bombilla o una vela encendidas; y, cuando tienen que expresar gráficamente una idea desafortunada o la falta absoluta de ideas, lo hacen dibujando una bombilla o una vela apagadas. Puesto que la luz es lo que permite a la mente/ojo conocer/ver y la oscuridad lo que lo impide, las metáforas más frecuentes y usaderas subsidiarias de C serán aquéllas en las que aparezcan términos que tienen que ver con la luz y la oscuridad para conceptualizar los procesos cognitivos. Esto es lo que permite generar toda una red indefinida de metáforas subsidiarias de C como:

- C1. «No *veo* lo que quieres decir porque tu argumento es *oscuro*»;
- C2. «Juan seguiría siendo un *sin luces* aunque hubiese vivido en el *Siglo de las Luces*»;
- C3. «es *evidente* que Juan está *ciego* de ira»;
- C4. «Juan tiene *menos luces que un quinqué apagado*»;
- C5. «Mi *perspectiva* me ofrece un *punto de vista* adecuado para *clarificar* una tesis tan *opaca*»; o,
- C6. «Su *clarividencia* se muestra en sus *brillantes* argumentos».

Pero los objetos no sólo son susceptibles de contemplación por la mente, sino que los objetos se nos presentan con contornos definidos, con mayor o menor rugosidad, con mayor o menor blandura o con mayor o menor peso. Esto es, hay ciertas cualidades de los objetos que percibimos exclusiva o prin-

9. JOHNSON, M., *Op. cit.*, pág. 119. Subrayado y mayúsculas del original.

10. Sobre este punto ver, por ejemplo, RORTY, R., *La Filosofía y el espejo de la naturaleza*, trad. de J. Fernández Zulaica, Cátedra, Madrid, 1983.

principalmente por el tacto. Y ello es lo que permite el que conceptualicemos la mente también según esquemas táctiles y lo que fundamenta el esquema corporal de la metáfora básica

D. «Conocer es *tocar*»,

que ha rivalizado tradicionalmente con C en cuanto a su importancia cuantitativa y cualitativa para conceptualizar los procesos cognitivos. Por ello, la red de metáforas subsidiarias posibilitadas por D no es menos extensa que la posibilitada por C, como puede apreciarse por los siguientes ejemplos:

- D1. «Estoy *acariciando* la idea que me *lanz*ó ayer Juan»;
- D2. «No he *cogido* tu argumento»;
- D3. «Sus ideas son de *peso* y su argumentación *potente*»;
- D4. «Sus razones tienen poca *fuerza*»;
- D5. «*Maneja* muy bien su mente»; o,
- D6. «Estoy *sopesando* las ideas que leí ayer en un artículo».

Y la conceptualización del conocer de acuerdo con la metáfora básica de D no sólo permite generar metáforas subsidiarias más o menos lexicalizadas como las citadas en D1-D6, sino que es una conceptualización lo suficientemente viva y operativa como para seguir generando metáforas novedosas o creativas. Este ha sido el caso de la propuesta reciente de caracterizar en términos de «pensamiento *débil*» a una de las últimas corrientes filosóficas. Y proponer que estamos en un tiempo que se caracteriza o en el que predomina eso que se ha dado en llamar «pensamiento *débil*», en contraste con otro tipo de pensamiento del pasado que puede ser definido por los antónimos de «*débil*», tiene serias implicaciones semánticas. Decir que estamos en una época en que predomina el pensamiento *débil* implica semánticamente que ha debido haber en algún otro momento histórico un pensamiento *fuerte, enérgico, recio, duro o potente*; mientras que el pensamiento de nuestra época es, puede ser o puede ser conceptualizado como un pensamiento *de poca fuerza o resistencia, escaso, deficitario, frágil, diluido, flácido, endeble, enfermo, muelle, flojo, light, descafeinado, desnatado, bajo en calorías o bajo en nicotina y alquitrán*. El que para definir y conceptualizar una determinada modalidad de pensamiento haya sido necesario el recurso a una metáfora creativa relacionada con el tacto muestra cómo las posibilidades conceptualizadoras de esta metáfora corporal, lejos de estar agotadas o pertenecer exclusivamente al ámbito del lenguaje ordinario siguen siendo tan operativas para crear significados técnicos como lo fueron en otro tiempo. Y ello porque quizás *pensar* siga siendo, además *de ver*, también *pesar y palpar*.

La capacidad de generar metáforas en el ámbito cognoscitivo relacionadas con el sentido del gusto tampoco debe ser minusvalorada en absoluto. Y lo mismo que la metáfora básica

E. «Conocer es *gustar o saborear*»

pudo generar el significado lexicalizado de «saber» como sinónimo de «conocer» en latín, sigue siendo aún plenamente operativa y posibilitando la generación de metáforas subsidiarias del tipo de

- E1. «No me *saben* bien tus ideas»; o,
- E2. «Me *gustan* mucho tus ideas».

Y como quiera que el sentido del gusto se suele ejercer en orden a la alimentación, las ideas, razones, pensamientos o creencias han podido ser también conceptualizadas como *alimento* del espíritu, haciendo pertinente proyectar en el ámbito de lo mental las funciones propias de la alimentación y de la digestión. Ello es lo que permite adjudicar los valores de verdad a aseveraciones como

- E3. «Me han sido de mucho *provecho* las ideas que *degusté* ayer en la conferencia»;
- E4. «No he conseguido *digerir* el contenido de la dialéctica trascendental kantiana»;
- E5. «La desmesurada *ingestión* de dogmatismo le ha producido una fuerte *diarrea* mental»; o,
- E6. «Me he *desayunado* con un buen *plato* de escepticismo».

Finalmente, menos incidencia parecen tener las conceptualizaciones metafóricas procedentes de los sentidos restantes, oído y olfato, cuyas metáforas básicas serían respectivamente

- F. «Conocer es *oír*»; y
- G. «Conocer es *oler*».

No obstante, aunque la presencia de estas metáforas sea menor, quizás porque a esos sentidos les concedemos menos importancia en general, tampoco están totalmente ausentes de nuestra conceptualización de lo mental las metáforas subsidiarias de F y de G, como atestiguarían los siguientes ejemplos:

- F1. «Esas ideas son *inauditas*»;
- F2. «Sus creencias me *suenan a música celestial*»;
- G1. «Me *huelen* mal esas ideas»; o,
- G2. «Este ambiente intelectual es *irrespirable*».

Hay otras muchas formas de conceptualizar metafóricamente lo mental, como han sido las dos metáforas a las que Ortega hacía referencia en su trabajo de 1924 «Las dos grandes metáforas»<sup>11</sup>, la metáfora de la mente/tablilla y la me-

11. ORTEGA Y GASSET, J., «Las dos grandes metáforas», en *Obras Completas*, Alianza-Revista de Occidente, Madrid, 1983, vol. II, págs. 387-400. Para un análisis más detallado de la teoría orteguiana de la metáfora, ver mi «La teoría orteguiana de la metáfora», en HEREDIA SORIANO, A. (ed.), *Actas del VI Seminario de Historia de la Filosofía Española e Iberoamericana*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1990, págs. 463-472.

táfora de la mente/recipiente; o la metáfora clásica del racionalismo de la mente/máquina<sup>12</sup>. Pero todas ellas parecen susceptibles de ser reducidas a los esquemas corporales más básicos. Porque entender la mente en términos de *continente* es conceptualizarla espacialmente y entenderla en términos de *tablilla*<sup>13</sup> es entenderla como un objeto maleable y susceptible de recibir la impronta de las cosas. Y ambas metáforas parecen susceptibles de reducirse al esquema más básico de D. Por su parte, entender la mente en términos de máquina es conceptualizarla como una prolongación de los sentidos, especialmente del sentido que nos permite manipular las cosas.

Parece, pues, que la proyección de los esquemas corporales en el ámbito de lo mental es ineludible. Y esto quizás tenga que ser así porque no podamos conocer lo más abstracto más que apoyándonos en conocimientos más concretos. De modo que el ámbito de lo mental —como otros muchos, y probablemente los que más nos interesen conocer— parece inefable si no se refiere uno a él en términos corporales y con esquemas encarnados.

Pedro José CHAMIZO DOMÍNGUEZ  
(Univ. de Málaga)

---

12. Desde esta perspectiva la metáfora contemporánea de la mente/ordenador no sería más que la continuación natural de la metáfora clásica de la mente/máquina.

13. Nótese que en la polémica entre racionalistas y empiristas sobre el innatismo no se discute en ningún momento la metáfora de la mente/tablilla, porque esa metáfora funcionaba como una «creencia» compartida por los dos bandos contendientes. Lo que empiristas y racionalistas se sienten obligados a discutir es sobre el momento en que las ideas se graban en la mente/tablilla, pero no que la mente sea una *tablilla*.